

ORIGEN, EVOLUCION Y PERSPECTIVA DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL

por el diputado Vicente FUENTES DIAZ

(Conferencia sustentada en el XVI Comité Distrital del PRI, en el Distrito Federal, con motivo del 36 aniversario de la fundación del PNR).

Agradecido a los dirigentes de este decimosexto comité distrital del PRI, y en especial a su presidente, licenciado Juan José Castillo Moto, su cordial invitación para platicar con ustedes acerca de un tema que debe interesarlos a todos los priistas: el origen, la evolución y la perspectiva de nuestro Partido.

No es la primera vez que se me brinda este honor. Ya en ocasiones anteriores he tenido la oportunidad de abordar aquí, ante muchos de los presentes, otras cuestiones relativas a nuestra organización y a la vida política del país. Mucho me place constatar el indeclinable deseo de ustedes de escuchar opiniones, aunque pobres y modestas como las mías, que en este caso particular pueden inducirlos quizás a una mayor meditación.

Se me ha pedido hoy que hable sobre el surgimiento y el desarrollo de nuestro Partido. El tema es en verdad apasionante y no tiene, ni puede tener, el simple carácter de una evocación, de una mera reminiscencia, de un relato anecdótico o de especulaciones históricas que, por elementales y conocidas, serían para ustedes un refrito de vulgaridades o de lugares comunes. Vale la pena hacer un esfuerzo para ir más allá. Porque a los 36 años de su fundación, el PRI surgió como ustedes lo saben con el nombre de Partido Nacional Revolucionario, es no sólo objeto de sostenida controversia sobre su papel en las lides políticas, lo que es natural tratándose de un organismo que vive, aún, combate y domina; sino que aun no acaba de ser definido o entendido por ciertos críticos, lo que si es ilustrado y hasta paradójico, pues rinde con la lógica política que algo tan consustancial a la vida mexicana en un lapso tan grande, como ha sido el PRI, se mantenga para algunos en esa vaguedad, sobre todo cuando entre estos los hay que tienen sus ríbetes de teorizantes o son ya mártires de la política fogteadas en las clásicas batallas mexicanas, en esas donde el combatiente oscila peligrosamente, a veces en un plazo de minutos, entre el éxito que glorifica o el infarto que aniquila.

Un amigo mío, observador perspicaz de los fenómenos políticos e infatigable caudillo de frases que aun o tienen la apariencia de ser contradictorias, me decía que la definición no nace tanto de la incapacidad de los juzgadores como de la mutable terminología que han usado los dirigentes priistas para explicar lo que es su Partido.

Sin dejar de reivindicar el juego limpio de sus palabras, mi respuesta, para ser lo más gráfica posible, tuvo que basarse en un similitud:

—Un amigo tuyo, o un enemigo, si el ejemplo te va mejor, puede presentarse y definirse de distintas maneras; pero tú, con el talento que posees, estarás obligado a calificarlo objetivamente, ateniéndote en última instancia a tu criterio, al agravio y al popular.



Plutarco Elías Calles

El PRI, al través de una experiencia larga y llena de vicisitudes, ha superado esa estructura tradicional y adoptado formas nuevas de organización que no se asemejan en ningún otro organismo político, quizá en ninguna parte del mundo, y que son a mi juicio las que explican su vitalidad y sus éxitos continuos. Consisten esas modalidades en haber combinado, por un lado, la afiliación individual y la colectiva, y por el otro en haber armonizado la organización y el trabajo de sus militantes individuales agrupados en los comités seccionales y en los subcomités, o sean los organismos de base, con sus tres grandes sectores: el obrero, el agrario y el popular.

El tipo de organización del PRI requiere de un conocimiento especial. Puede considerarse como una de las verdaderas creaciones originales de la Revolución Mexicana y a la vez como una suya y muy ética respuesta a las necesidades de organización política del país, a los problemas de su desarrollo y a otras cuestiones que conciernen de manera decisiva a la vida nacional. Si no se le ha ponderado lo suficiente se debe quizá a que no hemos formado los cuadros que se dediquen a hacer la historia y la historia de nuestro Partido. Nos empeñaremos, y no sin razón, de haber creado en el curso de nuestro proceso revolucionario una serie de instituciones sui generis, llenadas en nuestra singular experiencia y con modalidades doctrinarias y prácticas propias, como son la Reforma Agraria, la política educativa, la política exterior, la legislación laboral, etc. Pero nos hemos olvidado de analizar, con mucha cuidado, lo que pacos se la obra más original y vigorosa del pueblo, intuitivamente realizada, sin arreglo a ningún modelo preestablecido, pero de una eficacia extraordinaria: el Partido Revolucionario Institucional.

Yo no creo que su nacimiento se haya debido, como suele decirse, al vacío que dejó la figura de Alvaro Obregón ni a la inspiración personal de Plutarco Elías Calles, como si una y otra circunstancia, tortuosa ambas, fuesen capaces de explicar lo que tiene sin duda raíces más profunjas y antecedentes más complejos.

Si se revisa cuidadosamente la literatura política de los años que precedieron a la fundación del PNR, tanto como los hechos mismos de esa etapa, se advertirá que los caudillos de la Revolución vivían excepciones de los partidos existentes. Obregón, al lanzarse como candidato presidencial en 1919, decía lo siguiente en su célebre "Manifiesto a la Nación", expedido en Neza: "El Partido Liberal está prácticamente desintegrado porque se han repetido en esta vez todos los fenómenos que he dejado señalados como factores determinantes de sus anteriores fracasos; las divisiones se han producido en todos sus aspectos, degenerando en divisiones políticas y en divisiones armadas".

El greshombe sonriente se expresaba despectivamente de todos los partidos y días después rechazó de pleno el apoyo que le ofreció el Partido Liberal Constitucionalista (PLC) no obstante que él mismo había inspirado su creación.

El Presidente Carranza, casi seis meses antes del manifiesto obregonista, había previsto la división del Partido Constitucionalista y de la corriente revolucionaria en general, y había actuado sin inuentes consecuencias. (Declaraciones del 15 de enero de 1919).

Luis Cabrera, al regresar de Sudamérica en marzo de 1919, también hizo declaraciones en las que dejaba traslucir su desilusión sobre los partidos políticos y anunciaría su retiro de la vida política un pronto como don Venustiano Carranza lo había hecho en su célebre "Manifiesto a la Nación", expedido en Neza: "El Partido Liberal está prácticamente desintegrado porque se han repetido en esta vez todos los fenómenos que he dejado señalados como factores determinantes de sus anteriores fracasos; las divisiones se han producido en todos sus aspectos, degenerando en divisiones políticas y en divisiones armadas".

Y podríamos hacer una lista infinita de citas, igualmente reveladoras de la desconfianza y hasta la repulsa que inspiraban los partidos de esa etapa. Las declaraciones que en esos años hicieron Pablo González, Ignacio L. Roviñas, Salvador Alvarado, Benjamín Hill, José Inés Novelo, José I. Rayón y otras figuras del movimiento revolucionario, demuestran cómo ninguno de los partidos existentes eran útiles en verdad para resolver los problemas políticos de ese país.

Quedó posteriormente el propio Obregón, De la Huerta, Calles y ciertas jefes regionales suyos que apoyaron en algunos de esos partidos para llevar adelante sus planes. Es verdad. Pero ninguno de esos organismos logró crear una estructura estable ni pudo perdurar. Uno a uno, rotundos por su propia instancia, se separaron al desastre por la amistad de los caudillos o víctimas de una astuta persecución que lo era de nacimiento, acabaron por sucumbir. Ninguno de esos organismos, ni siquiera el Partido Laborista, que tenía en la CROM una reserva humana permanente de donde nutrirse, pudo ser el instrumento idóneo para el desarrollo de la Revolución. Cuando Obregón creó un grupo con el PLC, demostrándose así que éste era un gigante con pies de barro, José Inés Novelo hizo esta aguda reflexión: "Necesitamos crear un nuevo partido con una estructura sólida".

Por qué ninguno de esos partidos, ni el PLC, ni el Laborista, ni el Cooperativista, ni el Agrarista, ni el Nacionalista pudieron ser el instrumento político que requería la corriente revolucionaria? Las causas, entre otras secundarias, deben hallarse en su tipo de organización. Eran todos ellos, réplica, agrupamientos creados a imagen y semejanza de los partidos europeos. Sus escasos contingentes, atraydos mediante el sistema exclusivo de la afiliación individual, perdían fuerza interior cuando su acción se disolvía en el trabajo también individual, raquíntico y disperso.

El primer intento por superar esta forma de organización se vislumbró a fines de 1925, al constituirse la Alianza de Partidos Socialistas de la República Mexicana, coalición en la que tuvieron especial influencia Manlio Fabio Altamirano, Gonzalo N. Santos, José Campillo Seyde y otros de los hombres que después formaron el PNR. Ya desde entonces se habló de agrupar en un organismo los centenares de grupos y pequeños partidos en que se fraccionaban las fuerzas democráticas. Esta asociación, cuyos objetivos no cristalizaron por dissidencias posteriores entre sus jefes, debe estimarse como uno de los antecedentes del PNR, en cuanto fue concebida como una alianza de grupos que era necesario unificar y coordinar, ya no con base de la afiliación individual, sino de la incorporación colectiva. Antes, en 1923, se quiso unificar en la Cámara de Diputados a los cinco partidos que actuaban en ella, creándose la Confederación Revolucionaria Mexicana, ensayo infructuoso que, no obstante su fracaso, revela sin embargo la idea de unidad que ya germinaba en el sector revolucionario.

Cuando muere Obregón; cuando Calles, poco después, dirige al Congreso su célebre mensaje en el que habló de sustituir el caudillismo por las instituciones, y cuando más tarde, el 2 de diciembre de 1928, forma el comité organizador del PNR, las condiciones habían madurado, a mi juicio, para crear la nueva agrupación. La dura experiencia de muchos años, en los que tantos partidos mostraron su inefficacia para unir a las fuerzas fraccionadas y anárquicas de la Revolución, llevó sin duda al convencimiento de los jefes revolucionarios la necesidad de crear un organismo de nuevo tipo.

Apareció así un instrumento político con características diferentes a los que habían existido hasta entonces. Se abandonó el viejo patrón del partido europeo, basado exclusivamente en la afiliación individual y en la organización de sus miembros según la jurisdicción territorial y electoral, para dar paso a un novedoso agrupamiento en el que concurren no sólo las personas, individualmente consideradas, sino las organizaciones constituidas del pueblo. Esto es el rasgo distintivo, a mi juicio, de nuestro Partido. Tal es lo que le otorga su carácter original y explica su permanencia victoriosa.

Revisión y Ajustes en la Estructura del Partido

El PRI, sin embargo, no ha llegado de golpe al grado de organización ni a la estructura tan sólida que hoy lo singulariza. Ha sido al través de un largo proceso como su aparato organizativo ha ido ajustándose y perfeccionándose.



La Directiva del Comité Organizador del PNR, integrada por: Plutarco Elías Calles (presidente), Bartolomé García Correa (segundo secretario de Organización), Aarón Saenz (segundo secretario de Organización), Luis L. León (tesorero), Manuel Pérez Treviño (Propaganda y Publicidad), Gonzalo N. Santos (secretario del Interior) y Basilio Vadillo (secretario de Organización).

Si se revisa cuidadosamente la literatura política de los años que precedieron a la fundación del PNR, tanto como los hechos mismos de esa etapa, se advertirá que los caudillos de la Revolución vivían excepciones de los partidos existentes. Obregón, al lanzarse como candidato presidencial en 1919, decía lo siguiente en su célebre "Manifiesto a la Nación", expedido en Neza: "El Partido Liberal está prácticamente desintegrado porque se han repetido en esta vez todos los fenómenos que he dejado señalados como factores determinantes de sus anteriores fracasos; las divisiones se han producido en todos sus aspectos, degenerando en divisiones políticas y en divisiones armadas".

Al surgir en marzo de 1929 se agruparon en él, pero sin disolverse, los numerosos partidos regionales que existían en casi todas las entidades federativas. Esos organismos locales quedaron sujetos a la disciplina del Partido en cuanto a los problemas de orden nacional. Pero el artículo 20 de los estatutos les reconoce autonomía de una manera absoluta en todo aquello que se refiere a las cuestiones locales.

Con esta organización, ya de por sí novedosa, el PNR salvó las escuelas de la elección presidencial de 1929 y empezó a coordinar y disciplinar a los grupos dirigidos por caudillos de diversa jerarquía. Caso un año después de su aparición empeñaron las medidas disciplinarias. Gonzalo N. Santos, líder todopoderoso, fue separado de la dirección nacional del Partido en enero de 1930. Un grupo de legisladores era expulsado casi al mismo tiempo.

Se advirtió por otra parte, que la supervivencia de partidos regionales autónomos, aun cuando esta autonomía se limitara a las cuestiones locales, era un serio obstáculo para consolidar el organismo nacional que se buscaba y para aplicar una política de conjunto que facilitara la solución de los problemas nacionales. De ahí que el "Proyecto de Reformas" a los estatutos del Partido, aprobado en 1931, declarara disueltos esos organismos. Solo subsistieron, por la fuerza de los líderes y encuecos regionales que los sostuvieron, la Confederación Revolucionaria de Pueblos Guadalajarenses, el Partido Socialista del Sureste, el Partido Socialista Fronterizo y dos o tres más, aunque ya sin su antigua influencia. Algunos de los jefes de esos grupos llegaron a quejarse de que el Comité Central del PNR puso de esa manera centralizada la dirección de las actividades políticas en los Estados. La queja era obvia: esos cuadros dejaron desde ese momento de imponer gobernadores en sus estados.

El gran problema que confrontan la inmensa mayoría de los partidos es el de atrair a sus filas el mayor número de afiliados y de hacerlos participar en sus labores. En México este punto ha sido el talón de Aquiles de los partidos. Todos estos, con excepción del mestizo, han tenido por eximirse, declinar o vivir estancados y en crisis permanentemente por su escasez de militancia numérica y por la poca actividad de sus militantes.

El raquitismo de los partidos se origina en el halo social político de la población, que hace imposible la afiliación individual en gran escala. Es ilusorio pensar que las masas acudan a inscribirse espontáneamente en los partidos. De allí la necesidad, que sólo el PRI comprendió de modo cabal y a la cual ajustó su táctica, de combinar con la afiliación individual otras formas de revolucionarismo político. Estas consisten en la incorporación de las organizaciones, sean obreras, agrarias o de la clase media popular.

El procedimiento ha sido páblico y cosa chiota estéril y perniciosa de nuestros enemigos reactionarios. Se acusa al PRI de practicar el método de la "falsa política", de que está formado por grandes masas de "forzados" traídos al Partido bajo distintas formas de coacción y amenaza; de que la mayoría de sus miembros son militantes conscientemente, en suma, de que el Partido está integrado por la gigantica "borregada" de la política nacional.

Esta es la continuidad, réplica, del adversario conservador, de las fuerzas enemigas de la Revolución Mexicana, de todos aquellos que pretendían desacreditar al PRI y, por la misma vía, minar la fuerza del régimen democrático. No siendo de que ciertas líderes hayan promovido alguna vez la afiliación en masa, arbitraria e inconsulta, de sus organizaciones. Pero la situación ha cambiado de manera notable, sobre todo en los últimos seis años. Los dirigentes de las organizaciones, integrantes de los tres sectores del Partido, recibieron y han cumplido la consigna de procurar que los miembros de aquellas se incorporen al PRI, pero siempre mediante la orientación y el convencimiento, nunca por la intimidación o el engaño. Por esta razón la militancia en nuestro Partido si es consciente y voluntaria, hasta el grado donde lo permite el desarrollo de la conciencia cívica del pueblo. El presidente Díaz Ordaz se encargó de refutar, con palabras que nadie podrá igualar en autoridad moral ni en jerarquía política, la aleviza acusación de que los militares priistas son actos de acarreados. En su campaña electoral, y en respuesta a ciertos conceptos del candidato panista José González Torres, Díaz Ordaz expresó que si los militares a los actos del PRI fuesen llevados por la fuerza, les bastaría el peso de sus cuerpos para triturar, en veinte y siete, a sus "enganchados".

También se acusa al PRI de que la adhesión de las centrales y grupos que forman sus sectores, además de anti-democrática, es contraria a la Ley Electoral Federal, que establece como obligatoria la afiliación individual. No sólo en acatamiento de la ley, sino por propia disposición estatutaria, la afiliación en el PRI es exclusivamente individual. Si se habló de incorporación colectiva es porque las organizaciones se responsabilizan ante el Partido de lograr para éste la inscripción de sus miembros, premiada muchas veces mediante acuerdos de asamblea, pero cumpliendo en todo caso los requisitos formales de la adhesión individual. La modalidad distintiva consiste en que la labor de persuasión se realiza en el seno de las centrales y de que el acuerdo de afiliación se obtiene a veces de manera colectiva, pero las solicitudes de ingreso se llenan de manera individual. La gordina analida para siempre la tentación de ciertos líderes de considerar automáticamente como miembros del PRI a todos los integrantes de su cen-



Emilio Portes Gil

pió juicio y no a lo que consideres una variable e inaprensible definición.

—Es que para juzgar debidamente a un partido —repitió— las declaraciones de sus dirigentes son inconstitucionales —Indudablemente —contestó— siempre que se las sea permitido. Y uno de los requisitos indispensables para entender cabalmente al PRI consiste, en una especial penetración para captar el verdadero fondo de lo que dicen sus directores.

Esto podría hacer pensar que nuestro Partido es un jergónido que requiere de un método muy complejo, propio de especialistas, para ser descifrado y entendido, y que en consecuencia el Partido puede ser todo, menos un instrumento del pueblo en el que éste perciba su propia imagen y identifique su propia voz. No hay tal. Nuestro Partido sabe hablar a los masas y hacece entender. No necesita ni de intérpretes verbales ni de grafomáticos. Pero si es necesario, cuando se trata de definirlo desde el angulo de la más pura teoría política, que tal es el caso de mi amigo y de otras personas, utilizar un método de análisis que no siempre está al alcance, ni tiene por qué estarlo, de la gran mayoría.

Originalidad del PRI

Hay en México estudiosos de la ciencia y de la historia política —y es posible que en otro tiempo yo mismo me haya sentido inclinado hacia esa tendencia— que pretenden explicar y definir al PRI conforme al modelo clásico no los partidos europeos surgidos en las posturales del siglo XIX y sobrevivientes en líneas generales hasta la fecha. Este tipo de partido tiene dos rasgos esenciales y inconfundibles: a) La afiliación individual de sus miembros. b) Su agrupamiento y acción de acuerdo con la división territorial o electoral existentes.

TESTIMONIOS Y DOCUMENTOS

dose, hasta culminar con el formidable andamiaje que alcanzó bajo la presidencia del licenciado y general Alfonso Cárdenas.

Al surgir en marzo de 1929 se agruparon en él, pero sin disolverse, los numerosos partidos regionales que existían en casi todas las entidades federativas. Esos organismos locales quedaron sujetos a la disciplina del Partido en cuanto a los problemas de orden nacional. Pero el artículo 20 de sus estatutos les reconoce autonomía de una manera absoluta en todo aquello que se refiere a las cuestiones locales.

Con esta organización, ya de por sí novedosa, el PNR salvó las escuelas de la elección presidencial de 1929 y empezó a coordinar y disciplinar a los grupos dirigidos por caudillos de diversa jerarquía. Caso un año después de su aparición empeñaron las medidas disciplinarias. Gonzalo N. Santos, líder todopoderoso, fue separado de la dirección nacional del Partido en enero de 1930. Un grupo de legisladores era expulsado casi al mismo tiempo.

Se advirtió por otra parte, que la supervivencia de partidos regionales autónomos, aun cuando esta autonomía se limitara a las cuestiones locales, era un serio obstáculo para consolidar el organismo nacional que se buscaba y para aplicar una política de conjunto que facilitara la solución de los problemas nacionales. De ahí que el "Proyecto de Reformas" a los estatutos del Partido, aprobado en 1931, declarara disueltos esos organismos. Solo subsistieron, por la fuerza de los líderes y encuecos regionales que los sostuvieron, la Confederación Revolucionaria de Pueblos Guadalajarenses, el Partido Socialista del Sureste, el Partido Socialista Fronterizo y dos o tres más, aunque ya sin su antigua influencia. Algunos de los jefes de esos grupos llegaron a quejarse de que el Comité Central del PNR puso de esa manera centralizada la dirección de las actividades políticas en los Estados. La queja era obvia: esos cuadros dejaron desde ese momento de imponer gobernadores en sus estados.

El gran problema que confrontan la inmensa mayoría de los partidos es el de atrair a sus filas el mayor número de afiliados y de hacerlos participar en sus labores. En México este punto ha sido el talón de Aquiles de los partidos. Todos estos, con excepción del mestizo, han tenido por eximirse, declinar o vivir estancados y en crisis permanentemente por su escasez de militancia numérica y por la poca actividad de sus militantes.

Algunas y sus procedimientos tienden a cambiar al transformarse las condiciones políticas, pero por lo pronto sus métodos peculiares de reclutamiento, organización y trabajo, y esto explica su hegemonía ineludible.

Llegará quizá un momento en que su estructura orgánica y sus procedimientos tiendan a cambiar al transformarse las condiciones políticas, pero por lo pronto sus métodos organizativos han sido los más ajustados a la realidad y los más eficientes.

Los dirigentes del PRI, así como los gubernament

